

14 de febrero de 2024 - Miércoles de Ceniza

[Joel 2:12-18; 2 Cor 5:20; 6:2; Mt 6:1-6. 16-18](#)

Homilía

En lo que llamamos el Sermón de la Montaña, es decir, el largo discurso con el que, en el Evangelio de Mateo, Jesús comienza su predicación, establece en primer lugar, en la serie de bienaventuranzas, la carta fundamental del nuevo mundo -del reino de los cielos- que quiere establecer. Luego, Jesús explica que no ha venido a abrogar la Ley, sino a llevarla a su plenitud, y concluye: *"Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos"*.

¿Qué significa la palabra "justicia" en este contexto? En el lenguaje y la visión jurídica de la época, ser justo consistía en ajustarse a los preceptos de la Ley, en tres ámbitos en particular: la limosna, la oración y el ayuno. Así que Jesús les dice a sus oyentes que si su limosna, oración y ayuno no supera la actitud de los fariseos, no entrarán en el Reino. ¿Será que Jesús les invita a dar más limosnas, a rezar más oraciones y a ayunar más rigurosamente?

No! Esto no es lo que Jesús está llamando a ellos - y a nosotros. Se explica inmediatamente después en el texto que acabamos de leer. Leamos el primer versículo según la traducción de la Biblia de Jerusalén, que recoge el sentido del texto griego mucho mejor que la adaptación del leccionario litúrgico. Jesús dice: *"Guardaos de hacer vuestra justicia ante los hombres, para que seáis notados por ellos"* [en lugar de *"Lo que hagáis para ser justos, evitad hacerlo ante los hombres para que seáis notados"*]. Y luego da sus recomendaciones sobre lo que los fariseos consideraban los tres pilares de la justicia: la limosna, la oración y el ayuno.

En estos tres ámbitos, la enseñanza de Jesús es una llamada a la verdad y a la rectitud de intención. Nuestro verdadero ser, nuestro verdadero "yo" para cada uno de nosotros, se encuentra en el centro más íntimo de nosotros mismos, donde recibimos nuestro ser de Dios, donde somos constantemente generados por el Aliento de Vida de Dios. Alrededor de este núcleo hay varias capas de envolturas protectoras -todos nuestros "egos"- y hemos añadido muchas más para protegernos. Tanto es así que corremos el peligro de vivir siempre en la superficie de nuestro ser. Intentamos dar a los demás la mejor imagen posible de nosotros mismos, y nos complacemos fácilmente en esa imagen, siendo a menudo más tontos que los que nos rodean.

Sobre el tema de la limosna, Jesús nos advierte que la

practiquemos, ya sea para hacernos notar por los demás, ya sea para tener la conciencia tranquila. Cuanto menos público sea, cuanto menos consciente sea uno de su propia generosidad, mejor, porque lo único que realmente cuenta es la motivación profunda, que por su propia naturaleza es secreta para todos, incluidos nosotros mismos, y que sólo el Padre ve en secreto.

Lo mismo ocurre con la oración. Si rezamos para hacernos notar, ya sea por los demás, o por nosotros mismos, o incluso por Dios, ya hemos recibido nuestra recompensa. Nuestra oración no va más allá. La verdadera oración está en el secreto del corazón: no es la oración que se puede pretender enseñar, ni la que da sentimientos bellos y cálidos, ni la que se puede pesar. Es la oración desnuda, toda interior, más allá de los gestos o las palabras que puedan expresarla y que nadie más que Dios puede escuchar, ni siquiera nosotros mismos. Es sin duda lo que quería decir San Antonio de Egipto cuando afirmaba que la oración no es todavía pura mientras seamos conscientes de que estamos rezando.

El evangelista Mateo introduce aquí el texto del Padre Nuestro y, en un pasaje que viene inmediatamente después, que es el tercer elemento del tríptico, Jesús da la misma enseñanza sobre el ayuno.

Que esta Cuaresma nos ayude a cada uno de nosotros a despojarnos de algunas capas más de nuestro ego, para permitirnos vivir, cada vez con mayor verdad, todos los aspectos de nuestra vida, y así penetrar cada vez más en la vida interior, que consiste en estar en contacto lo más constantemente posible con ese punto, en el corazón de nuestro ser, donde se produce en secreto el intercambio de la Palabra que nos engendra constantemente a la Vida.

Armand VEILLEUX